

mismo digno de odio, como también porque cualquiera de ellos, ó todos juntos, dicen mal en personas que profesan pertenecer á una clase especialmente consagrada á Dios; y generalmente, porque los vicios son entre sí tan opuestos, que sólo pueden hallarse reunidos en individuos totalmente descomunales. Verdad es que, mi posición bajo varios pontífices, me ha obligado á desear la grandeza de ellos, por causa de mi propio provecho. Pero si no hubiese sido por este respeto, hubiera amado á Martín Lutero como á mí mismo, no para desentenderme de las leyes que nos impone el Cristianismo, como generalmente se le entiende y explica, sino para ver reducida á los límites que le corresponden á esa indigna caterva (*questa caterva di scelerati*), de manera que se viesen obligados á carecer de sus vicios ó de su poderío» (1).

Es evidente, que los sentimientos antipapales de Guicciardini están enlazados con su opinión de que el hombre vive ignorante de todas las cosas sobrenaturales (2); por lo cual, no puede maravillarnos su hostilidad contra la Iglesia. Pero es mucho más notable hallar en italianos enteramente ortodoxos, expresiones igualmente duras contra el aseglaramiento del clero superior é inferior. La crónica milanesa de *Juan Andrés Prato*, contiene en este respecto muy fuertes pasajes, dirigidos especialmente contra aquellos religiosos, que «no teniendo nada, lo poseen, sin embargo, todo». Los duros juicios de Prato adquieren todavía mayor importancia, cuando se leen en él las expresivas palabras, de que quiere guardar silencio acerca de León X, por reverencia á las Sagradas Llaves (3).

Otro cronista, el florentino *Bartolomé Cerretani* (m. 1524), partidario de los Médici, describe con los más negros colores el estado de las cosas eclesiásticas, en forma de una fingida conversación entre varios amigos florentinos, partidarios y adversarios de Savonarola, é insiste en la necesidad de una reforma de la Iglesia. Este florentino espera la salvación, no de otro, sino de Martín Lutero; en el cual cree descubrir un hombre igualmente señalado por la moralidad, la sabiduría y la piedad, cuyas opiniones coincidían en gran parte con las ideas y la vida de la antigua Iglesia,

(1) Ricordi, n. 28, en *Opere ined.* I, 97.

(2) Cf. Burckhardt, II, 187; cf. también Monnier, *Quattrocento*, I, París, 1901, 88, y *Riv. Europea*, XIII, Firenze, 1879, 36 ss.

(3) Cf. Prato, 310, 322, 404, 405.

cuyos escritos son tan admirables, como llenos de verdadera y eficaz erudición. El diálogo de Cerretani procede del año 1520, cuando todavía no era fácil prever el ulterior desenvolvimiento de la rebelión de Lutero; pero, en todo caso, conocía ya Cerretani la bula *Exurge*; á pesar de lo cual, no se había menoscabado su profunda simpatía hacia el profesor de Wittenberg. No obstante la condenación pontificia, seguía creyendo que Lutero traería la reforma de la Iglesia, tan calurosamente anhelada (1).

En la misma Roma, el profesor de Jurisprudencia *Mario Salomoni*, en un tratado dedicado al propio León X, levantó la voz contra la simonía, contra las guerras llevadas á cabo por el Papa, y contra el predominio de las tendencias mundanas en la Curia. A pesar de todo, no quiere hablar sino sobriamente y con mucha reverencia del Jefe supremo de la Iglesia, movido, como Dante y Prato, de reverencia hacia las Sagradas Llaves; lo cual no obstante, observa, que si bien el Papa, como poseedor de la Suprema dignidad en la tierra, no puede ser condenado por nadie en caso de que abuse de su potestad, no por eso podrá evadir el juicio de Dios (2).

Extraordinariamente notables son los juicios insertos en la crónica, todavía inédita, del canónigo sienense *Segismundo Tizio*, contemporáneo asimismo enteramente fiel á la Iglesia, pero que, sin embargo, estaba personalmente muy amargado por las continuas exigencias pecuniarias del Papa Médici. Esto no obstante, se contienen en su escrito notables pruebas del escándalo que había de producir el proceder mundano de León X, aun en aquellos que en el fondo conservaban los principios de la Iglesia.

La mayor parte de las acusaciones de Tizio, se refieren á la manera como se abrumaba al clero con exacciones pecuniarias, por las insaciables necesidades y la inconsiderada liberalidad del Papa (3). En este punto, está Tizio de acuerdo con muchos contemporáneos suyos, así de Italia como de Alemania; como también condena con la mayor energía, el abuso que se hacía de las

(1) Cf. Schnitzer, *Quellen und Forschungen zur Gesch. Savonarolas*. III: B. Cerretani, München, 1904, XLII ss., 83 ss.

(2) Cf. el interesante estudio de Cian, *Un trattatista del «Principe» a tempo di Machiavelli*: Mario Salomoni, Torino, 1900, 16-18; cf. *Giorn. d. lett. Ital.*, XXVII, 454 s.

(3) Cf. Piccolomini, Tizio, 128.



indulgencias, y las empresas belicosas de León X (1). Juntamente, se desata algunas veces en quejas contra males generales, sin perdonar los perniciosos efectos de la oposición alemana. Lo que subleva á Tizio, es principalmente el rudo contraste entre la alteza y sublimidad de las incumbencias que el Pontificado debía realizar, y la increíble falta de inteligencia de ese elevado cometido que manifestaban los poseedores de la Suprema Autoridad eclesiástica. A pesar de todo esto, no piensa Tizio en negar la obediencia á la Sede Romana, ni quiere oír hablar de las nuevas doctrinas de Lutero; al cual tiene por muy erudito, pero juzga falsas sus opiniones. Desde este punto de vista, y en oposición á Cerretani, adopta una actitud enteramente justa y rigurosamente católica. También es muy notable, de qué manera distingue Tizio profundamente las personas y las cosas; y cómo, á pesar de toda su irritación contra el Papa Médici, siempre necesitado de dinero y ávido de placeres, halla, con todo, para el mismo palabras de disculpa; v. gr., cuando, al referir lo que divierten á León X los juglares, observa que los florentinos ninguna cosa triste comunicaban al Papa, y nada le decían de los negocios de la Iglesia. Verdad es que tiene muy duro sonido la sentencia que sigue inmediatamente: «Mientras se divierte con tales burlas y placeres, se olvida el Papa de sí y no reflexiona qué carga ha echado sobre sus hombros; ni piensa en la voluntad de Dios, ni en los peligros que amenazan por parte de Alemania, ni en el crecimiento de las herejías, ni en las severas resoluciones de los concilios (2).»

Expresiones como las aducidas, nos hacen conocer que también en Italia se había difundido, más de lo que generalmente se supone, una peligrosa hostilidad contra el Pontificado. Sin embargo, esta corriente antipapal no adquirió tan universal extensión como en los países del norte de los Alpes, á lo cual contribuyeron diferentes causas. Por una parte, acaso en ningún otro país la gran masa del pueblo y toda la vida del mismo estaba tan íntimamente enlazada con la Iglesia como en Italia. La fe católica había echado allí las más profundas raíces. No estaban los

(1) Cf. vol. VII, p. 316 y arriba p. 50.

(2) Cf. vol. VII, p. 40 y Piccolomini, 120.

(3) Tizio, \*Hist. Senen., en el Cod. G., II, 39, f. 12 de la *Biblioteca Chigi de Roma*.

ojos en manera alguna ciegos para no ver los excesos de los clérigos inferiores, superiores y aun los supremos; pero en ninguna parte se distinguía tan profundamente, entre la persona y el cargo; y en la inmensa mayoría reinaba la persuasión de que, así como el vil engarce no disminuye el valor de una piedra preciosa, así tampoco los pecados de los sacerdotes pueden menoscabar substancialmente sus sacrificios, ni la administración de los sacramentos, ni la doctrina por ellos explicada. Sabíase que el oro es igualmente oro si lo distribuye la mano limpia ó sucia; y no faltaban asimismo motivos materiales, que contribuían en gran manera á no dejar que cuajara la idea de un rompimiento con el Papado. Muchos sentían una especie de orgullo nacional en que el centro de la Cristiandad de Occidente se hallara en su país; otros, no pocos, tenían el mayor interés en que siguiera permaneciendo allí (1); y finalmente, en particular en los círculos ilustrados, ejercía un profundo y poderoso influjo la circunstancia de que, desde hacía medio siglo, el Pontificado se había puesto á la cabeza de las ciencias y de las artes, promoviendo el desarrollo de la cultura.

(1) Cf. Burckhardt, I, 110.